

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO (ciclo A)

La parábola del tesoro escondido en el campo, lo mismo que la del comerciante de perlas finas, ilustra una gran verdad: el Reino de los cielos exige una decisión radical que comporta venderlo y dejarlo todo para seguir al Señor. San Juan de la Cruz explicaba que una paloma se ve impedida a volar ya sea por una gruesa soga, ya por un fino hilo que la mantenga atada al suelo. Para que la barca pueda salir a navegar es preciso soltar totalmente las amarras.

La vivencia del Evangelio comporta arriesgar la propia libertad. Podemos decir que una fe condicionada, una entrega a Dios con cláusulas que permitan en cualquier momento desdecirse, es lo más contrario a lo que pide Jesús. Lo que hoy se nos narra en parábolas se reproduce en muchas ocasiones en el Evangelio. Basta pensar en los encuentros de Jesús con Pedro y Andrés o con Santiago y Juan, a orillas del lago de Tiberíades; o la vocación de Mateo. En sentido contrario recordamos con tristeza la negativa del joven rico a venderlo todo para ir detrás de Jesús.

Los católicos no sólo tenemos la palabra de Jesús que nos invita, sino también el testimonio de quienes nos han precedido. Hay miles de cristianos que antes que nosotros han vendido todo lo que tenían para hacerse con la perla de gran valor y adquirir el campo en que está escondido el tesoro.

Por eso lo que Cristo nos pide no es un salto en el vacío. Al contrario: junto a la propuesta se encuentra su persona a la que podemos adherirnos y con la que podemos emprender el camino. Esta es la razón por la que el cristianismo se vive en la Iglesia. Porque, de hecho, el capital necesario para comprar la perla nos lo da el mismo Jesucristo.

El criterio propuesto en el evangelio de hoy no se reduce a las elecciones fundamentales de nuestra existencia, sino que debe impregnar cada momento de nuestra vida. San Francisco Regis se preguntaba a cada momento «¿Qué tiene que ver esto con la vida eterna?». Por eso la compra del campo se renueva a cada momento y en cada situación. No es más que la oración diaria de abandono confiado en Dios, que se transforma en la petición «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».